

Adriano, de Valera a Talavera¹

A quien inventó esta “revista” habría que otorgarle un premio como el que le otorgaron a Adriano, definitivo. Pero a quien se le ocurrió que fuera quincenaria habría que darle un tiro por la nuca. Nadie sabe pronunciar la palabra, ni nadie queda con el gusto de haber leído algo nuevo. Eso está fiambre, dirán.

Eso dirán cuando lean la entrevista de *cambio* con Adriano González León, porque para la fecha (a fines de marzo) ya estarán digeridas las declaraciones de AGL para Miyó, para Olga González, para Cayetano Ramírez, para Hurtado, y oídas las conferencias y charlas y disertaciones en la Escuela de Letras, en el Ateneo, en la librería “Cosmos”. Pero “agudeza y arte de ingenio”, he encontrado la fórmula. Muy fácil y muy desconcertante. Agarrar al personaje real (que no es propiamente el que se acicala, el que prepara la frase para la entrevista) y obligarle a que se confiese en el tiempo, en el recuerdo, en las mil y una noches en que Adriano y el periodista anduvieron juntos. Así como la Yourcenar escribió las memorias de un Adriano que no había conocido, el entrevistador escribiría, modesto al fin, las *Memorias* de un Adriano que sí conoce. Veamos, oigamos:

-¿Por qué usted, que se inició con un libro tan elogiado como *Las hogueras más altas*, lleva ya diez años sin escribir nada?

¹ Sanoja Hernández, Jesús. Revista *Cambio* vol.1 n°2 (1 quincena de abril 1968): 23-24.

-Diez años es mucho decir. Diez días, también: diez días suministraron materiales y experiencias para escribir un libro sobre la Revolución más grande de la historia, o para la crónica “de cómo Cecilio Ocón quiere jugar a las canicas con el ojo postizo de Gustavo Madero”, o para las inmemoriales *Memorias* del 23 de enero. Hasta diez horas, es mucho. Corneille se tomó poco más de veinticuatro para el Cid, y Joyce más o menos lo mismo para Leopoldo Bloom. Yo, si acaso escribiera una novela y si acaso el protagonista se llamara Barazarte, en diez horas lo haría recorrer toda Caracas y casi todo el siglo XX venezolano. ¿Cómo? Lo sé, pero lo callo.

-De todos modos, entiendo que usted no ha contestado la pregunta sino hablado con un tono de presunción, así de echárselas, que no es el suyo, tan disparatado e imaginativo. Lo que hay allí, es historia, y mala.

-Te pregunto yo: *¿Y Asfalto infierno?*

-Ah, pero nunca lo tuve realmente en mis manos. En esa época ustedes los balleneros bautizaban los libros en garajes malolientes, puro perfume del Guaire, o en unos galpones cortados en dos por una madera frágil, quebradiza, en los que daba miedo meterse, no sólo por el montón de groserías que allí se escribían y decían, cuerda de irrespetuosos, sino de gentes. Para llegarle al vasito de cartón con “Santa Teresa” había que...

-Cuenta tu cuento como es, Adriano, le advierto, pues no lo estaba tuteando como merecía quien había compartido conmigo, si no una y mil, dos o tres noches de

farra surrealista o reunioncitas hebefrénicas, aguardentosas, en aquella época en que el ron era el LSD de los adolescentes.

-No te miento, ¿vos te acordás de mi defensa de Asturias en el “Papel Literario”? ¿Cuánto hace de eso, dime?

-Claro que me acuerdo (y también me acuerdo, pero no te lo descubro, de otras cosas: que en 1955, cuando defendías a Asturias, no hablabas esa mezcla de trujillano y bonaerense. Ese *voseo*, piensa Adriano, pero no me lo confiesa, lo voy a meter en la novela antes de que Ramoncito se me adelante con *Paisano*).

-Y de cómo atacé a Serrano Poncela por aquello que escribió en Puerto Rico...

-Es verdad, es verdad. Tú eras muy Miguel Ángel y el mal se te agravó después de la amistad. *El señor Presidente*, ese fue tu barroco, mágico y anticonceptual, no como el otro que puso de moda Bergamín, de frase intrincadas que se daban vueltas en el tornillo.

-Un Asturias y un misterio de acá, no lo olvides. Fíjate: cuando yo publique el otro libro que nadie cree que voy a publicar (y que ya viste en la solapa del anuario del *Techo: Hombre que daba sed*), cuando yo lo publique el próximo año, te vas a encontrar con Ernesta por los aires, oyendo la canción del italiano, y volando en la locura. Levitaciones...

-Levitaciones que están en *Cien años de soledad*, mi estimado Adriano.

-Sí, pero con la diferencia de que cuando llegue a Venezuela el libro de García Márquez, ya Jorge Álvarez me habrá enviado los primeros ejemplares del *Hombre que daba sed*.

-Tienes razón (busco, sin decírselo, mi máquina del tiempo y compruebo: lo de Adriano fue antes, y la coincidencia en agosto del 67 se debe a esto: a que en la creación de las excepciones se multiplican velozmente y se reúnen en un mismo punto. Manrique y los poetas chinos..., etcétera) tiene razón, pero esa segunda persona en la narración, ese *tú* desusado, me da la impresión, jú, de que lo aprendiste en París, con Butor, cuando Mary...cuando Mary te comentaba...

-Ahí está la vaina. Cito a Vallejo y sacas a Butor.

-Bueno, y ¿qué quieres? Te conozco por lo rápido. Porque (aquí hago girar la máquina del tiempo, comprada a Wells en la tienda de Abel, Martín) tienes un anzuelo para pescar en la oscuridad.

-*Nos el Tiempo, mayor maestro del mundo.*

-A eso iba. Tú eras agitadorcito contra Gallegos y contra aquello del sombrero del cogollo, el cola-e' gallo, el arpa y las maracas. Y metías a todos en un mismo saco, con el pretexto del antifolklorismo, y hasta llegaste a hablar de un folklorismo americano al pie de las pirámides de Teotihuacán, cuando justamente Lowry, por aquellos días...

-Un tropezón cualquiera da en la vida, y lo di para no caer en el abismo. ¡Esa literatura cretina del Jefe Civil!

-Con lo que se comprueba una vez más que los extremos se tocan, pues si América guardaba el secreto de sus Macondos no había por qué cruzar el mar para no comer arepas. Bastaba con decir no, como el Tirano Aguirre.

-¿Qué grande, verdad?

-Inmenso, chico. Por eso te digo, ir a la locura por el camino de los cuerdos. Para un zambo, un marañón, y para Ramos Sucre, Delpino.

-No nos desviemos, no nos desviemos Adriano, que te va a suceder como en aquella reunión de célula universitaria, ¿el 49, no?, en que te iban matando porque dijiste que sentías “angustia”.

-Los tiempos idos. Teníamos a Enrique Bernardo y leíamos *Historia de una pasión argentina*. De Sartre, ¿qué íbamos a entender?

-¿Y Pocaterra? ¿Se lo vamos a dejar al pulpero para que abra la boca y “cónchale, entiendan que ese Gómez sí era bárbaro”?

-A Pocaterra lo nombraré en una declaración de Cayetano, dentro de un año.

-¿Después? Ahora, *ahorita*. Ya se adelantó Argenis. Y Sucre. Y Miguel Otero. Y yo, desde luego.

-“No os preocupéis”, como decía el marqués de Oliveira.

- El marqués, digno oficiante de Rosamel del Valle, según Juan Sánchez Peláez. Al marqués le oí, en el mismo pasaje que mete Salvador en su novela, ahí frente al Congreso, algo terrible sobre Venezuela.

-Venezuela, siempre terrible. Acuérdate de esto: Rulfo es posterior a Márquez Salas y sin embargo, sin embargo. Y Armas Alfonzo hace de Unare y Clarines un Macondo fastuoso en su realismo, y sin embargo, sin embargo. Y Armas Alfonzo hace de Unare y Clarines un Macondo fastuoso en su realismo, y sin embargo, sin embargo.

-Será que el lenguaje que los une los separa.

-El lenguaje es el personaje central de la narrativa de acá, pero el personaje es también su lenguaje, fundamentalmente lenguaje; y ahí van mitos y magias, brujerías, cuentos de infancia, creencias, materias inapresables... ¿Has leído bien mi cuento “Los pastos del rigor”?

-Con extremo cuidado, como profesor universitario, te aseguro. Un cuento que comience con “la urna iba a coletazos de burro”, lo sitúa a uno, en materia del lenguaje, y lo pone en el mero centro de la realidad, clavado. ¿Qué no sirve el lenguaje? Compara esa frase con la de Jruschov: “La pintura abstracta pareciera hecha a coletazos de burro” o de vaca. Y ahí está: con dos juegos de palabras, cambiando el sujeto se cambia la realidad. Pero estoy argumentando con tus propios argumentos. Ventajismo.

-“El agua, oscura de petróleo, trozada en mil pedazos para venir y huir”. Así comienza el otro cuento, el del premio cuando estaba pichoncito. “Guardia Nacional”, “restaurant”, “lago”, “ferry-boat” y desde luego “petróleo” formaban el cielo de ese cuento, pero la tierra, el subsuelo, lo que hizo nacer no era otra cosa que el lenguaje.

-Bien, ¿unos consejos?

-Sí, procura ganar premios a los veinte años y refrescarlos a los cuarenta. Si de este modo provocas la envidia, ponle el nombre de respeto. Nadie alzará entonces la cola sino el brazo para saludarte. “Que bueno, permíteme que te felicite”.

-Y así, con un *happy end*, me despido de Adriano, el primer triunfador, después de nuestros rones, en la feria internacional. Adriano, por quien ha hablado, tal vez para no callarse más, una generación a la que nadie había tomado en cuenta, seriamente, hasta el 2 de marzo de 1968.